

## Ecós del *Quijote* en *Cuando a Guinea se iba por mar* (2019) de Juan Tomás Ávila Laurel

---

RACHEL C. WILLIAMS  
THE JOHNS HOPKINS UNIVERSITY

### Resumen

Juan Tomás Ávila Laurel, en su novela *Cuando a Guinea se iba por mar* (2019), crea una versión nueva del clásico español, *Don Quijote*, en lugar de La Mancha durante el siglo XVI, estamos en Guinea Ecuatorial en los años cincuenta, hacia finales del periodo colonial español en ese país. En este ensayo, argumento que el uso de la ironía, las historias intercaladas y el “héroe” tan inepto que hace de protagonista en el libro de Ávila Laurel son ecos directos e intencionados de la obra cervantina, ahora traspasados a una geografía africana y un contexto colonial. Esta reflexión analiza elementos de la obra de Ávila Laurel para concluir que en *Cuando a Guinea se iba por mar* se lleva a cabo un proceso de apropiación, con fines transgresores, de la novela cervantina. A través de esta apropiación, el autor realiza una inversión del concepto de una literatura canónica en español, que siempre favorece a la literatura peninsular, especialmente del llamado Siglo de Oro. Precisamente este ensayo propone una interpretación nueva del legado de *Don Quijote* en la literatura hispanoaficana y, de manera más ambiciosa, sugiere la necesidad de enmarcar los estudios cervantinos dentro el campo del Global Hispanophone.

**Palabras clave:** *Don Quijote*, *Cuando a Guinea se iba por mar*, Cervantes, Juan Tomás Ávila Laurel, Siglo de Oro, Global Hispanophone, literatura canónica, literatura hispanoaficana, categorías raciales, ironía, colonialismo

Al comienzo de la novela de Juan Tomás Ávila Laurel *Cuando a Guinea se iba por mar* (2019), durante una conversación entre el protagonista, José Panes del Palacio, y un cura, el cura dice: “necesitamos héroes en nuestra historia colonial” (44). Panes del Palacio, recién llegado a los Territorios Españoles del Golfo de Guinea, le replica a esta proposición: “pero no son tiempos estos de héroes” (Ávila Laurel, *Cuando* 44). Claramente, Panes del Palacio no es el héroe que busca el cura, aunque sí será el protagonista del libro y el hilo conductor de la historia. Su declaración de que no es tiempo de héroes—en los años cincuenta, hacia finales del periodo colonial español en África—es paralela a la que se hace en los primeros capítulos de *Don Quijote*, la novela canónica por excelencia de la literatura española. En el *Quijote*, al protagonista (que tampoco es un héroe) “le pareció conveniente y necesario, así para el aumento de su honra como para el servicio de su república, hacerse caballero andante”, emulando los personajes de los libros de caballerías de los que era lector (Cervantes, *Quijote* 89). Con eso, el ingenioso hidalgo don Quijote fue “el primero que en nuestra edad y en estos tan calamitosos tiempos se puso al trabajo y ejercicio de las andantes armas” (Cervantes, *Quijote* 144), es decir, fue caballero andante en

un tiempo sin caballeros andantes, igual que le ocurre al cura en *Cuando a Guinea se iba por mar*, que busca un héroe en un tiempo sin héroes. Así empieza la novela clásica de la literatura española, y así entra en acción el arquetipo de la tradición canónica que Ávila Laurel a un tiempo utiliza como subtexto y crítica y transgrede a través de la ironía en su propia novela.

Este artículo analiza varios aspectos de la novela de Ávila Laurel que demuestran cómo *Cuando a Guinea se iba por mar* se hace eco de la obra cervantina, para concluir que en la misma se lleva a cabo una apropiación transgresora del clásico español. A su vez, con esta apropiación, Ávila Laurel efectúa una inversión del concepto de una literatura canónica en español, principalmente a través de una alteración de las categorías raciales convencionales. En esencia, este ensayo propone una interpretación nueva del legado de *Don Quijote* en la literatura hispanoaficana, en la que la figura de Don Quijote sirve como base de las críticas hacia el imperialismo español. Este análisis permite a su vez prestar una atención renovada al contexto colonial subyacente en la obra cervantina, que nos remite a la condición marginal y de exilio interior de los moriscos en la España del siglo XVI. Finalmente, argumento que esta lectura de la novela clásica española enmarca los estudios cervantinos dentro el campo del Global Hispanophone.

Juan Tomás Ávila Laurel nació en la ciudad de Malabo, Guinea Ecuatorial, en 1966, y pasó parte de su infancia en la isla de Annobón. Es considerado “el autor más prolífico de la literatura africana escrita en español y uno de sus mejores embajadores mundiales gracias a su labor de difusión de la cultura guineoecuatorial” (Martín de la Nuez, “Introducción” 8). En 2011 llevó a cabo una huelga de hambre como protesta contra el régimen de Teodoro Obiang Nguema, líder autocrático de Guinea Ecuatorial desde 1979. A partir de su huelga tuvo que dejar su país y viajar a Barcelona. Hoy reside entre Malabo y España. Su producción literaria es amplia e incluye numerosas novelas, traducidas a varias lenguas, poemarios, libros de ensayo, narrativa breve y dos obras del teatro. También trabaja como cronista, y contribuye habitualmente a un blog en la Revista *Frontera digital* (“El blog de Juan Tomás Ávila Laurel”). Además, es el protagonista del documental *El escritor de un país sin librerías*, dirigido por Marc Serena en 2019, quien sigue a Ávila Laurel en una visita a Guinea Ecuatorial, mostrando por medio del audiovisual la tensa situación política en el país, el ambiente cultural, la represión y la censura, temas que el autor también explora con frecuencia a través de sus obras.

Ávila Laurel escribió *Cuando a Guinea se iba por mar* en Malabo en 2007, aunque no fue publicada hasta el año 2019 en Barcelona.<sup>1</sup> Es una novela con estructura de relato de viaje, dividida en cuatro partes, relacionadas con las paradas que va haciendo el protagonista, el señor José Panes del Palacio y Toro que llega desde España a la ciudad de Santa Isabel (nombre colonial de la actual Malabo),

portando cartas de recomendación de un familiar en el Ministerio del Ultramar en Madrid. Panes del Palacio viaja a los entonces llamados Territorios Españoles del Golfo de Guinea con el objetivo de descubrir una tumba, aunque la identidad de la persona que busca no se revela hasta el final del libro, manteniéndose así la intriga narrativa y la tensión dramática.

Su búsqueda empieza en Santa Isabel, donde establece amistad con un misionero y los dos abordan varios temas relacionados con la administración de la colonia. La conversación les permite a los lectores adentrarse en la geografía del territorio y sus gentes, que a continuación va a recorrer el recién llegado protagonista. Luego, Panes del Palacio se embarca en la lancha llamada *Merche* y viaja a la región de Río Muni, el territorio continental de la colonia. Desde Río Muni, en la tercera parte de la novela, viaja hacia la isla de Corisco, donde cree que va a encontrar la tumba que busca. En realidad, se encuentra a un viejo español residente allí y este le informa a Panes del Palacio de que está en la isla equivocada, y la tumba que busca la encontrará en Annobón. El protagonista tendrá que tomar el barco de regreso hacia Río Muni y luego embarcarse camino de Annobón, mucho más al sur, hacia el escenario de la cuarta parte de la novela, que coincide también con el trayecto final del viaje. Allí, finalmente, descubre una historia oral sobre la muerte del Conde de Argelejo, antepasado del mismo Panes del Palacio, cuya tumba es el objetivo de su búsqueda y motivo de su largo periplo por mar.<sup>2</sup> Sin embargo, abandona la isla sin descubrir el lugar exacto de la tumba. Se va otra vez por mar, dejando estas tierras sin respuesta clara a todas sus preguntas. En este viaje circular, que es el relato de *Cuando a Guinea se iba por mar*, una vez retornado a Santa Isabel, Panes del Palacio visita por última vez a su amigo el padre misionero y los dos reanudan sus conversaciones en torno a la empresa colonial.

*Cuando a Guinea se iba por mar* no es la única novela de Ávila Laurel que adopta una perspectiva crítica frente al canon literario español y frente al hecho colonial a través de sus estrategias narrativas. En una novela anterior, *La carga* (1999), señala el problema con la educación de la historia: en los alumnos “una duda albergarán de sobre la autenticidad de estos tiempos pretéritos, sobre lo que se hizo o se dejó hacer en aquellas lejanas fechas que a duras penas respiran bajo la pesada losa de la Historia” (Ávila Laurel, *La carga* 11). Esta es una crítica hacia un concepto eurocéntrico de la historia y la literatura—la falta de conocimiento sobre las historias y culturas africanas es un efecto de una estructura de educación colonial, una estructura que Ávila Laurel quiere refutar en sus obras. Como ha señalado Elisa Rizo, “*La carga* nos presenta un aparato discursivo de refutación y negociación de la memoria guineoecuatorial ... esta narración reclama el derecho de los habitantes de Guinea Ecuatorial para construir su propia versión de la historia y, al hacerlo, utilizar una retórica independiente del discurso historiográfico eurocentrista” (197). En esta misma línea, en *Cuando a*

*Guinea se iba por mar* hay referencias sutiles, pero no explícitas, al *Quijote*, para mostrar cómo la novela clásica española tiene importancia no solo para el canon literario español, sino para cualquier lector en cualquier contexto, también en un contexto colonial. Ávila Laurel interpela directamente la novela cervantina no en *Cuando a Guinea se iba por mar*, sino en su artículo suyo anterior, titulado “La ubicuidad de la literatura guineana”, al evocar la referencia inicial de la novela: “*En un lugar de la Mancha de cuyo nombre no quiero acordarme vivía un hidalgo de lanza en ristre...* Este podía ser el inicio de nuestra historia común” (“La ubicuidad” 76). Reclama así el *Quijote* como un relato universal y ubicuo, que puede usarse como base de otras historias, en otros lugares y cánones; a la vez, Ávila Laurel usa la novela canónica para criticar el concepto tradicional del canon y del archivo histórico. En el caso de *Cuando a Guinea se iba por mar*, es sobre todo la figura del protagonista que provee el uso del *Quijote* como inicio de una historia común.

Si la figura de Alonso Quijano es un prototipo del héroe inepto, el señor Panes del Palacio sigue sus pasos. Desembarca en la isla de Fernando Poo (hoy llamada Bioko) con total ignorancia sobre estas tierras.<sup>3</sup> Antes de empezar su búsqueda por la tumba de su pariente lejano, “ya sabía que había poco que ver, pero quería verlo todo de ese poco” (Ávila Laurel, *Cuando* 28). Casi inmediatamente después de su decisión de explorar “todo de ese poco” en Santa Isabel, Panes del Palacio comete un error al entrar al Club Fernandino de la ciudad, frecuentado por la élite de la población local, los llamados fernandinos: “me acerqué porque escuché música y entré, pero los indígenas que custodiaban la puerta me miraron como si fuera un bicho raro” (Ávila Laurel, *Cuando* 33). Su reacción a este evento, y más todavía a lo que pasa el día siguiente, cuando tiene una visita del comisario del orden, porque había una denuncia por parte de “uno de los principales de la colonia fernandina”, es indicativo de su desconocimiento sobre el lugar que ocupa cada uno en la estructura social de la colonia. Primero, dice al cura que “a los indígenas los ubico mejor en su entorno... no debemos olvidar los papeles” (Ávila Laurel, *Cuando* 32), y luego tiene rabia “por no haber podido poner en su lugar a aquel comisario” (Ávila Laurel, *Cuando* 34). Más adelante, en una discusión con el cura sobre el incidente, dice que “cuando decía que cada uno tenía su lugar no esperaba que se pensara que un indígena me prohibiera. Que me pudiera prohibir, que porque lo quisiera, pudiera impedir que yo circulara libremente” (Ávila Laurel, *Cuando* 37). Cree que, como es español y está en la colonia, goza de libre circulación y sin consecuencias. Con este acontecimiento, al principio del libro, queda claro que el señor Panes del Palacio tiene un gran sentido de su importancia, y siempre quiere recordar a los demás su propio estatus. Este sentido incluye su propio nombre: cuando el cura le llama “señor Panes”, el hombre le replica: “Padre, no soy unos panes cualquiera” (Ávila Laurel, *Cuando* 32). La

réplica acentúa la ironía con respecto al nombre del protagonista; la contradicción entre ser un “Panés del Palacio” y la autoimportancia del protagonista es clara en toda la novela e infunde un sentido burlesco a todas sus acciones.

La sensación de importancia que tiene el señor Panés del Palacio viene de dos lugares: primero por sus contactos en las altas instancias en la administración colonial de la metrópolis (sentía rabia después de su interacción con el comisario porque “no ha tenido la oportunidad de hacerle saber que lleva la carta de recomendación de un hombre principal de la Dirección General de Marruecos y Colonias”) (Ávila Laurel, *Cuando* 34); y segundo, por su conexión familiar con el Conde de Argelejo, Felipe de Todos los Santos Toro y Freyre, y su papel fundacional en la historia de la colonia. La justificación de todo el viaje de Panés del Palacio hasta los territorios africanos, y a través de toda su geografía, insular y continental, es la búsqueda de la tumba de ese conde, un antepasado suyo quien fuera el primer militar español en poner pie de esas tierras o, en la perspectiva de Panés del Palacio, un “explorador” (Ávila Laurel, *Cuando* 197). Cuando llega a la isla de Annobón, de la que Argelejo tomó posesión en nombre de España, y en la que luego falleció, declara la razón y propósito último de su viaje: “estoy investigando las grandes expediciones coloniales en África y hay un dato que nunca encontré en ningún archivo. Se trata de un asunto relativo al gran marinero español el conde de Argelejos” (Ávila Laurel, *Cuando* 198). Su conexión personal con este “gran marinero” es lo que le motiva, y es lo que añade a su sentido de importancia en la colonia. Panés del Palacio tiene sus propios delirios de grandeza, algo que comparte con el ingenioso hidalgo don Quijote.

Al principio del *Quijote*, el narrador describe el proceso a través del cual el personaje crea su nueva identidad:

puesto nombre, y tan a su gusto, a su caballo, quiso ponérsele a sí mismo...y al cabo se vino a llamar *don Quijote* ... pero acordándose que el valeroso Amadís no solo se había contentado con llamarse Amadís a secas, sino que añadió el nombre de su reino y patria, por [hacerla] famosa, y se llamó Amadís de Gaula, así quiso, como buen caballero, añadir al suyo el nombre de la suya y llamarse *don Quijote de la Mancha*, con que, a su parecer, declaraba muy al vivo su linaje y patria, y la honraba con tomar el sobrenombre della. (Cervantes, *Quijote* 90)

En este momento se exhiben no solo los delirios de grandeza que tiene don Quijote, sino también su deseo de emular a sus grandes héroes del mundo literario, como Amadís de Gaula. Este mismo deseo se produce con el señor Panés del Palacio y su supuesta conexión con el linaje del conde de Argelejo. La decisión de don Quijote de añadir “de la Mancha” a su nombre, porque el gran Amadís no fue

“Amadís a secas”, tiene un paralelo irónico en la insistencia del señor Panes del Palacio de no querer ser “unos panes cualquiera”, y de su solicitud al cura de que “no me llame, padre, Panes a secas” (Ávila Laurel, *Cuando* 38). El orgullo sobre su nombre, su linaje y su descendencia del Conde de Argelejo queda patente cuando habla con el delegado en Annobón, Antonio Serrano:

—Dígame una cosa, señor Panes, sinceramente: ¿es una inquietud personal o es profesional?

—Pues le tengo que decir que es tanto lo uno como lo otro.

—Y no sé si sería mucho pensar que más que *personal*, sería *familiar*...

—No me haga ruborizar, señor delegado, pero sí, algo de parentesco me une al marino.

—Pues si estoy en presencia de uno de los biznietos del insigne conde de Argelejos, a sus pies. Ya me decía yo que usted debía de venir de un Palacio grande. (Ávila Laurel, *Cuando* 199, cursiva en el original)

Finalmente, hay alguien que reconoce la importancia de Panes del Palacio, pero todavía con el sentido de la ironía que este nombre conlleva. Aunque trata de minimizar el elogio del delegado con un gesto de pretendida modestia (“el mérito, o los méritos, fueron suyos”), el delegado le insiste en que “la herencia pesa” (Ávila Laurel, *Cuando* 199), acentuando así la carga irónica. Podríamos inferir que, de la misma manera que don Quijote quiere emular a los héroes de sus libros, Panes del Palacio también quiere emular a su antepasado, y su expedición a los territorios anexados por aquel son parte de esta emulación. Con los delirios de grandeza viene la ceguera hacia la realidad: don Quijote no se da cuenta de que ser caballero andante ya no significa nada, es una categoría socialmente desfasada, y el señor Panes del Palacio no percibe que él no es explorador de tierra desconocida. Con la adaptación de la figura de don Quijote al personaje de Panes del Palacio, Ávila Laurel podría estar sugiriendo que la convicción en el proyecto colonial y, sobre todo, el orgullo por la anexión territorial como parte de la expansión imperial, son hoy un tipo de locura, como la creencia en la “historia más cierta en el mundo” de los libros de caballerías de don Quijote (Cervantes, *Quijote* 88).

En “La ubicuidad de la literatura guineana”, Ávila Laurel afirma que “esencialmente, la historia del Quijote es utilísima para la disección de nuestra realidad porque la nuestra, la guineana, es la de hombres armados y carentes de un juicio sano, proclives pues a cometer cualquier barbaridad por mantener su estado” (“La ubicuidad” 79). En *Cuando a Guinea se iba por mar*, el señor Panes del Palacio es una representación clara de un hombre carente “de un juicio sano” que, durante el curso de la novela, comete “cualquier barbaridad por mantener su estado” (Ávila Laurel, “La ubicuidad” 79). Un

aspecto de su barbaridad es su ignorancia frente a la realidad que tiene enfrente, algo que Ávila Laurel pone más de relieve con el uso de las historias intercaladas en la novela. Además, en las historias intercaladas, Ávila Laurel crea esta “disección” de la realidad en la novela, con la ruptura de la secuencia de la narración y el cambio del enfoque hacia un nuevo sujeto.

*Cuando a Guinea se iba por mar* adopta el formato de una historia de viaje y de aventuras, aunque las aventuras de Panes del Palacio no son tan emocionantes como pudiera esperarse; en realidad son más ridículas e irónicas. Sin embargo, a través de estas aventuras los lectores hacen un recorrido geográfico y etnográfico por los territorios coloniales, y por los pueblos que hoy conforman Guinea Ecuatorial: las comunidades bubí, fang (referidos en la novela con el nombre colonial de “pamues”), combe, bengá, annoboneses y fernandinos.<sup>4</sup> Panes del Palacio es el protagonista en todo momento y a lo largo de todo el relato, pero Ávila Laurel utiliza la retórica de las historias intercaladas para mostrar lo que el protagonista no ve directamente (o, en verdad, lo que ignora). El uso de las historias intercaladas es otro eco de la estructura narrativa del *Quijote* en esta novela; Ávila Laurel utiliza, por tanto, uno de los aspectos más reconocibles de la obra de Cervantes, pero con una diferencia muy significativa. En el *Quijote*, estas historias son contadas a don Quijote y Sancho directamente, y luego el caballero responde a la historia. De esta manera, los protagonistas de la novela y los lectores descubren los acontecimientos de las historias intercaladas al mismo tiempo. Imprescindible en la historia del *Quijote* son las interacciones del protagonista con los varios personajes que se encuentra en sus salidas. En la obra de Ávila Laurel, es lo opuesto; seguimos a Panes del Palacio en sus viajes, pero no vemos sus interacciones con los sujetos de estas historias que se narran a su paso.

En estas historias intercaladas en el *Quijote*, la narración cambia a la voz del personaje quien cuenta la historia, pero la presencia de don Quijote todavía importa. En *Cuando a Guinea se iba por mar*, la presencia del señor Panes del Palacio no importa, y realmente el protagonista no está presente en el caso de la mayoría de las historias. El primer caso de una historia intercalada es cuando se narra la historia de Sebastián, hombre bubí que sirve al misionero en Santa Isabel. Su historia no está contada por él mismo, sino por el narrador, y empieza así: “la historia de Sebastián es traumática, como lo fue el asentamiento de los extranjeros en toda África, en general, y en Fernando Poo, in particular” (Ávila Laurel, *Cuando* 49). La historia explica cómo la madre de Sebastián fue violada por un hombre extranjero y luego quedó embarazada. Cuando el niño, Sebastián, nació, no miraba bien, y “a partir de ahí, empezaron a creer lo que cualquiera contaba por los rincones del pueblo: ‘miraba mal’, ‘mal mira el que quiere ver el mal’, ‘escapemos del que mal mira’” (Ávila Laurel, *Cuando* 57). Un día, un misionero viene al pueblo y descubre al niño llorando y pidiendo leche. Lo lleva a la casa de los padres y le

bautizan con el nombre de Sebastián: “¿Sería en honor a aquel santo que fue asaetado porque aquel niño fue salvado de las saetas de la ignorancia? No lo dijo aquel hombre de Dios, pero a su lado creció aquel niño ... seguía mirando igual, pero era, en extremo, útil para ciertos trabajos” (Ávila Laurel, *Cuando* 60). Así termina la historia de Sebastián, aunque no hay reacción del cura ni del señor Panes del Palacio a este relato. Mientras el narrador le da a la audiencia la historia de Sebastián, los dos hombres siguen caminando hacia el puerto, seguidos de Sebastián que carga con la maleta de Panes del Palacio en su cabeza. En un momento, una pareja en coche para al lado de los hombres y ofrece el uso de su coche para llevar la maleta: “estamos diciendo que el hombre emparejado vio a dos blancos y la maleta que estaba en una cabeza de alguien al que no quiso mirar ... se le veía aunque no quisieran verlo, ya que un hombre invisible no sería capaz de llevar sobre la cabeza una maleta” (Ávila Laurel, *Cuando* 61-62). El contraste entre los detalles de la historia de Sebastián y la reacción de los blancos a su presencia—que Sebastián casi no existe, que solo está allí para servir a los hombres blancos, pero no para interactuar con ellos, y que es una persona sin historia personal—es fuerte, y le da al lector la oportunidad de entender mejor la posición del sujeto colonial. Además, es un ejemplo del uso de la ironía, que Ávila Laurel usa en todo el libro para demostrar lo ridículo del colonialismo, una ironía que lleva una elevada carga crítica.

Esta sensación de falta de reconocimiento no es única de la historia de Sebastián. En cada uno de los tramos del viaje que Panes del Palacio hace en barco a lo largo de la geografía de la colonia, hay una historia de lo que pasa en la cubierta inferior, donde viajan las personas que no son colonos blancos. Durante el trayecto desde Río Muni a Santa Isabel, una mujer fang desapareció de su sitio durante la noche, y la gente de su pueblo no sabía exactamente lo que había pasado, aunque creyeron que fue llevada por algunos hombres y luego murió. Cuando el barco llega al puerto de Santa Isabel, el pueblo quiere que las autoridades hagan una investigación, “pero en aquel barco mandaban las autoridades españolas y con las leyes españolas no se podía asumir la responsabilidad de un hecho que no se sabía cómo había ocurrido ... un suceso que francamente no se podía certificar, era un hecho que nadie registraría en ninguna parte” (Ávila Laurel, *Cuando* 152). En el relato de este evento, la creación de una realidad alternativa (una en que esta mujer no se desapareció en este barco) no es solo por parte de individuos específicos procedentes de la metrópolis, sino de parte de la administración de la colonia. Este tema de la ignorancia hacia la realidad para crear su propia realidad alternativa es central al proyecto colonial y al personaje de Panes del Palacio. Antes de su primer viaje, el cura le dice: “el optimismo es una forma positiva y saludable de ceguera” (Ávila Laurel, *Cuando* 47). Panes del

Palacio ya se había identificado con ser optimista en este momento, y así queda claro que él padece ese tipo de “ceguera”, que luego reaparece muchas veces en sus viajes.

Aunque don Quijote siempre replica a las historias intercaladas en su novela, el señor Panes del Palacio nunca da su opinión sobre las mismas, porque no sabe nada de estos acontecimientos. Casi el único interlocutor que este hombre tiene es el cura, y sus discusiones son por lo general sobre temas filosóficos, no sobre la realidad de la vida en la colonia. La realidad paralela en que vive—una realidad que existe aparte de las culturas, lenguas y poblaciones locales—es una característica central de su personalidad. Don Quijote también vive en una realidad paralela; su rechazo total de la realidad de su vida, y su obsesión con las historias de sus libros, crean un hombre que niega lo que está enfrente de sí mismo. Ambos personajes crean una realidad paralela en base a una falacia, para Don Quijote, los libros de caballerías y para Panes del Palacio, el proyecto colonial. La diferencia entre las dos representaciones está en quién sufre debido a esta locura o esta abstracción de la realidad. La gran víctima de la locura de Don Quijote es él mismo (o quizás Sancho, quien sufre a causa de las acciones de su amo); en el contexto colonial son las personas más vulnerables quienes sufren, y de esta manera la ceguera se convierte en una suerte de violencia y una perpetuación de la opresión, y el señor Panes del Palacio juega un papel central en esta violencia.

Thenesoya Vidina Martín de la Nuez sugiere que “el concepto del espacio *in-between*, planteado por Homi Bhabha como lugar desde donde elaborar estrategias de identidad, se convierte también en el espacio intersticial, en tanto que espacio de creación, del que parte Ávila Laurel para reconstruir la realidad guineoecuatorial en este juego pasado-presente-futuro” (“(Re)escribiendo” 221). Con el uso de las historias intercaladas, Ávila Laurel desplaza el enfoque narrativo, utilizando esos espacios intersticiales para dar voz a la gente que no tiene la oportunidad de hablar frente al protagonista de la novela. El señor Panes del Palacio, como representante de un sujeto colonial recién llegado de la metrópolis, ni conoce ni piensa mucho en los pueblos que están bajo el poder colonial. Así lo manifiesta Ávila Laurel con respecto a la actitud española frente a la empresa colonial africana: “como Las Casas ya les había dicho a los españoles que los negros no tenían alma, y de ahí podrán ser tratados como bestias y ser empleados de sol a sol, los jefes del Patronato [de Indígenas] se tomaron en serio lo del tratamiento a los negritos del África tropical” (“La ubicuidad” 75). La “ceguera” de Panes del Palacio, en realidad, no es una ceguera sino una realidad paralela, fundamentada en el sistema colonial, que tiene como base el racismo. Cuando Panes del Palacio habla con el viejo marinero español en la isla de Corisco, éste le dice: “no me extraña que no lo sepas. Allá en la corte no se sabe nada de lo que pasa aquí ni de lo que es esto” (Ávila Laurel, *Cuando* 114). El autor utiliza las historias intercaladas para

mostrar los mundos paralelos de la colonia. Los estratos narrativos distintos de las historias intercaladas demuestran cómo la perspectiva colonial mantiene a los sujetos coloniales como sujetos incompletos y distantes. Ávila Laurel emplea las interacciones entre su protagonista y la colonia para mostrar esta perspectiva limitada.

En todo este análisis sobre la novela no debemos perder la centralidad de la cuestión racial y el racismo implícito en todo proyecto colonial. Con el deseo de emular un gran colonizador, Panes del Palacio se sitúa a sí mismo dentro del linaje del colonialismo, que siempre significa un linaje del racismo. Las referencias al *Quijote* también exponen el racismo del proyecto colonial. Para abordar este asunto recurriremos a otro autor también originario de la isla de Annobón, como el propio Ávila Laurel, quien hace una crítica directa hacia el racismo español mediado por la obra de Cervantes. En *Cómo ser negro y no morir en Aravaca* (1994), Francisco Zamora Lobocho delinea la historia del racismo en España a través de la literatura y los hitos culturales, comenzando con el último rey de Granada y siguiendo hasta el presente:

La pérdida de las colonias, dos guerras mundiales y una civil (otra más) con la dictadura subsiguiente y la constitución de la ONU, vendrían a sobreeser, a solapar, un fenómeno, el racismo, en un país, España; y unos paisanos, los españoles, han sabido guardar su hidra adormecida entre hierbabuena y alcanfor, envuelta en sábanas de Holanda y arropada en siseos de mesa camilla, hasta hacer creer a varias generaciones que no era racista un país cuyo santo patrón es Santiago (alias Matamoros), que es patria del Cardenal Cisneros, Torquemada, los Reyes Católicos, Quevedo, Pedro Blanco o el duque de Santoña. (*Cómo ser negro* 21)

Zamora Lobocho elabora un sostenido análisis, entre lúdico y literario, de toda la historia racista en España, con significativos ejemplos históricos relevantes al caso. En el capítulo sobre *Negritud e hispanidad*, analiza las grandes obras de la literatura española, y señala cómo la mayoría de ellas “despoja de su manto romántico a la raza negra y la arroja a la condición lumpen acorde con el papel social de esclavo, bárbaro e ignorante que desempeña el negro en la España del Siglo de Oro” (Zamora Lobocho, *Cómo ser negro* 95).<sup>5</sup> Estos papeles, que eran bien destacados en las obras del Siglo de Oro, todavía reaparecen en *Cuando a Guinea se iba por mar*, especialmente bajo la perspectiva de Panes del Palacio, para quien “cada uno tiene su lugar”, aunque, irónicamente, el hombre sostiene que “lo mío no es nada de prejuicios raciales” (Ávila Laurel, *Cuando* 32). Zamora Lobocho, en su análisis de las obras clásicas de la literatura española a la luz del racismo, y después de llamar a Quevedo el capitán de los “virulentos racistas” (*Cómo ser negro* 101), escoge a Cervantes como “tolerante, respetuoso, simpático y

empático con todas las razas que le ha tocado conocer, desde Argel hasta Alcalá de Henares” (*Cómo ser negro* 105). Termina recomendando el *Quijote* como “libro de cabecera. Todos los días un poquito es suficiente para acabar siendo un maestro de la prosa, aun cuando uno proceda de las mismísimas selvas de Micomicona” (Zamora Lobocho, *Cómo ser negro* 112). Sin embargo, con esta referencia irónica al país ficticio del *Quijote*, el crítico Martin Repinecz considera que Zamora Lobocho “invites reflection on how the *Quijote’s* blurring of fiction and reality might advance the real-world struggle for dismantling deeply entrenched racism against Africans and people of African descent” (609).

Repinecz analiza uno de los poemas de Zamora Lobocho titulado “Estefanía”, recogido en su libro *Memoria de laberintos* (1999), en el que don Quijote se desplaza hasta la isla de Annobón, y concluye que “the ‘fictionality’ of the *Quijote* ultimately serves as an instrument that can portray deeply entrenched structures of oppression, such as nationalism and the Europe/Africa divide, as ‘fictions’ which, like the *Quijote* itself, can be reinterpreted, reimagined, or even completely rewritten” (610). El título del poema es también una referencia a las lecturas de infancia del autor, y un homenaje a Marcial Lafuente Estefanía, cuyas novelas del Oeste “pasan de mano en mano a ritmo frenético” en Guinea Ecuatorial, según ha señalado Gustau Nerín, y habrían sido también lectura habitual de infancia del propio Zamora Lobocho (Nerín 53). La combinación de los temas del *Quijote* y de las novelas de Estefanía en el poema evoca el concepto de mimetismo de Homi Bhabha, “by which the look of surveillance returns as the displacing gaze of the disciplined, where the observer becomes the observed” (129). A su propia manera, Ávila Laurel utiliza los temas centrales y las estructuras literarias del *Quijote* en *Cuando a Guinea se iba por mar* para criticar al colonialismo. Los dos autores toman los aspectos de la literatura española para desplazar la centralidad de la mirada colonial en Guinea Ecuatorial, pero lo hacen de maneras distintas. En vez de poner la figura de don Quijote en la isla de Annobón, como hace Zamora Lobocho, Ávila Laurel imagina un personaje parecido al ingenioso hidalgo, e imagina cómo este personaje actuaría si hubiera visitado Guinea Ecuatorial a finales del periodo colonial.

Zamora Lobocho quiere tomar el libro del *Quijote* como ejemplo de una crítica al proto imperialismo, al racismo y al colonialismo, y al tiempo seguir utilizando al propio don Quijote como figura antirracista.<sup>6</sup> Por otro lado, Ávila Laurel utiliza la novela cervantina más como una guía, una base para sus argumentos contra esos conceptos, y aún más contra el concepto del canon y del archivo. De hecho, en muchos de sus libros destaca “el cuestionamiento del discurso historiográfico fijado por la perspectiva occidental y la puesta en duda de todo aquello que Europa ha mantenido como la única versión de la realidad” (Martín de la Nuez, “(Re)escribiendo” 223). En *Cuando a Guinea se iba por mar*,

el autor elabora una estructura en base a ecos narrativos del *Quijote*, un libro que plantea sus propias preguntas sobre la realidad, para subrayar los hilos continuos del eurocentrismo en la literatura en español. Para realizar este cuestionamiento, lo que toma sobre todo de la tradición cervantina es el sentido de la ironía.

La ironía es clave en toda la obra de Cervantes, especialmente en el *Quijote*. No se puede entender el propósito del *Quijote* si no se habla de la ironía; no es solamente una historia de un hombre loco y sus aventuras, sino una crítica total a la sociedad de la época de Cervantes. La misma locura de don Quijote, su inhabilidad de separar la realidad de la ficción, es simbólica de las categorías de honor que gobernaban las reglas de la sociedad en la España del Siglo de Oro. Realmente, este sistema era falso, como falso era el caballero don Quijote, y todos los que seguían estas reglas creaban apariencias falsas del honor, como don Quijote creaba su falsa identidad de caballero. De la misma manera, Ávila Laurel utiliza la ironía en su obra para llamar la atención al vacío que representa el colonialismo. El sistema del honor se asienta sobre un vacío, solo sostenido por la tradición, tradición que era apoyada por la literatura popular, las comedias y otros géneros literarios que gozaban de gran popularidad. También el colonialismo en su base ideológica se asienta sobre un vacío, centralizado bajo un aparato administrativo en la metrópolis que cree que es un sistema que funciona. De la misma manera que el sistema del honor proviene de una lógica vacía (que el personaje de Don Quijote demuestra en su emulación de los honrosos caballeros), la lógica que sostiene el sistema colonial—aunque apoyado por intereses económicos, políticos, religiosos y militares—fue una lógica falsa. En realidad tanto el sistema del honor como el sistema del colonialismo se basaron en el racismo, la subyugación y la explotación como su esencia, y así lo describe Zamora Lobo: “una rígida sociedad de castas, un apartheid, donde el español, el castizo, el hidalgo, el pura sangre, en fin, la ‘gente de razón’ (peninsulares, criollos y mestizos), tomara la cúspide de la pirámide y pusiera a trabajar en su provecho a las razas inferiores, la *gente vil* (mulatos, zambos, negros e indios)” (*Cómo ser negro* 14-15). Los estudios de *Don Quijote* como crítica no solo al sistema del honor sino también al colonialismo interno en la España del siglo XVI, que terminó con la expulsión de los moriscos en 1609, esclarecen la conexión entre la obra cervantina y la obra de Ávila Laurel. En el contexto político en que Cervantes escribió, como describe Barbara Fuchs, “as Spain considers ever more repressive measures against the Moriscos, questions of their essential difference, their possible acculturation, and their ultimate place within a Spanish polity become paramount” (110). El sistema del honor que Cervantes parodia con su protagonista apoyaba ese sistema de represión contra los moriscos; al ridiculizar la obsesión con el honor, Cervantes también ridiculiza la borradura de la cultura de los moriscos.

Christina H. Lee expande esta crítica, escribiendo que Cervantes “defies the view that absolute cultural absorption (Valencia’s *permixtion*)—and, by extension, the erasure of Morisco culture—provides the solution to the Morisco problem” (203). La primera parte del *Quijote* fue publicado cuatro años antes de la expulsión de los moriscos en 1609, entonces con esta crítica Cervantes se metió dentro de un debate relevante sobre la posición de los moriscos en España. En la obra de Ávila Laurel, el autor utiliza su protagonista como símbolo de un sistema colonial que quiere borrar las identidades (y, realmente, la existencia) de los pueblos autóctonos en la colonia—un sistema que sigue afectando a esos pueblos después de la independencia. Aunque separados de más de tres siglos, tanto Cervantes como Ávila Laurel cuestionan cómo estos sistemas basados en concepciones falsas puedan controlar sus sociedades. En sus interpretaciones del hecho colonial (interna o externa), el arma más fuerte para cuestionar y criticar estos sistemas de opresión es la ironía.

Los momentos más lúcidos de la ironía en el relato del hecho colonial en *Cuando a Guinea se iba por mar* vienen especialmente durante las conversaciones entre Panes del Palacio y el cura, un misionero que vivió en la colonia por muchos años. En su conversación sobre el enfrentamiento de Panes del Palacio con el comisario (después de que Panes del Palacio se quejara de que la población local pueda prohibirle a él su entrada en algún lugar en la colonia), el cura dice:

—Señor Panes del Palacio, los de aquel club no son unos indígenas cualesquiera, pues hoy por hoy tienen suficiente mano para que, si lo desearan, paralizaran la ciudad.

—Entonces, y sinceramente, no sé qué hacemos aquí si nuestra vida depende de los indígenas.

—Al menos sabemos ahora de quienes dependemos, y dependerá de nosotros reforzar esta dependencia o declarar nuestra autosuficiencia. (Ávila Laurel, *Cuando* 37)

La referencia irónica que hace el cura a la respuesta de Panes del Palacio de “no soy unos panes cualquiera”, y la inversión total del concepto de colonialismo, sirven para infundir ironía en esta conversación. Las objeciones de Panes del Palacio representan la perspectiva tradicional del colonialismo, de la superioridad europea con respecto a los pueblos locales, lo que les daría derecho a controlarlo todo. El cura, con solo unas frases, muestra cómo cualquier empresa colonial se establece en base a equilibrios de poder locales. De alguna manera, esta concepción del poder colonial absoluto es una farsa, un sistema que solo tiene sentido si una persona está dentro de su propia lógica. Cuando uno sale de esta lógica—como Panes del Palacio cuando se enfrenta con la realidad local a través de

su periplo en barco por todos los territorios de la colonia— se hace evidente que toda la lógica colonial es ridícula y que las dinámicas locales funcionan de manera autónoma. En esta conversación, Ávila Laurel contrasta las realidades alternativas de la colonia, exhibiendo la tensión (y la sensación cómica) entre las múltiples realidades que el sistema colonial establece. Esa tensión se lleva a cabo fundamentalmente a través del uso de la ironía, que viene en su mayor parte de la distancia que Ávila Laurel crea entre su narrador y su protagonista.

En *Cuando a Guinea se iba por mar*, al igual que en el *Quijote*, el método más utilizado para instalar la ironía es la distancia del narrador. En el *Quijote*, Cervantes pone niveles de separación entre el narrador y las acciones de don Quijote con la invención de Cide Hamete Benengeli, el supuesto autor verdadero de la historia del *Quijote*, un manuscrito que el narrador descubrió un día en el Alcaná de Toledo. Así que el narrador puede decir que en el libro “sé que se hallará todo lo que se acertare a desear en la más apacible, y si algo bueno en ella faltare, para mí tengo que fue por culpa del galgo de su autor, antes que por falta del sujeto” (Cervantes, *Quijote* 148). Incluso este momento del libro está lleno de ironía, y además establece una separación entre los comentarios de su “segundo” narrador y los eventos del libro. La separación entre el narrador y las acciones del protagonista en *Cuando a Guinea se iba por mar* no aparece en un momento tan claro como en el *Quijote*, pero está presente en todo el libro. El narrador de la obra mantiene su distancia de Panes del Palacio con los apartes, las historias intercaladas y los cambios de enfoque. Aunque Panes del Palacio es el protagonista y el personaje a quien la trama sigue, la voz del narrador es la más clara en todo el libro y crea una relación muy íntima con los lectores de la novela, una relación que no incluye al protagonista. Como se ha señalado anteriormente, las historias intercaladas del libro son contadas por el narrador y Panes del Palacio no sabe nada sobre estos eventos, pero la audiencia sí lo ve todo. La perspectiva que la audiencia tiene— de saber todo y conocer una realidad que el protagonista ignora—es la misma que en el *Quijote*.

Un momento ejemplar de la distancia que el narrador mantiene frente al protagonista tiene lugar en el primer capítulo, después de la historia intercalada de Sebastián, pero antes de que Panes del Palacio embarque hacia Río Muni. Los dos hombres, Panes del Palacio y el cura, se han cruzado con Lokutá, un hombre bubi que “hablaba atropelladamente, sin lógica y, además, en una mezcolanza lingüística que hacía muy difícil seguirle” (Ávila Laurel, *Cuando* 63). La oración de Lokutá plantea la cuestión de la antropofagia en el pueblo fang (los “pamues” en el libro). Panes del Palacio y el cura debaten este tema, a raíz de la cuestión de que los bubi tienen miedo de la gente fang, pero toda su discusión es desde la perspectiva del sujeto colonial, y de cómo estas discrepancias étnicas puedan servir al poder español. Luego, después de que los hombres cierran el asunto de su conversación y

Panes del Palacio se embarca en su viaje, el narrador da otra interpretación de la cuestión del miedo que tiene el pueblo bubí—que realmente no se relaciona con los fang sino con el hombre blanco:

¿Qué hay que hablar de las reticencias de los bobês a colaborar con el hecho colonial? ¿Qué hay que decir del miedo de los bobês a los colonos? ¿Era justificado que los bobês se quedaran mirando desde lejos, y que se dijera que se meterían en el bosque y se perderían en su espesura si alguien se acercaba a ellos? ... ¿De que tenían miedo?, reiteramos. Habría que tener miedo a cualquiera que se presenta en tu tierra y te dice, aunque la desconozca, que desde aquella presencia todo lo que había en ella era suyo, en virtud de su superioridad y amparado en acuerdos hechos y signados con otros que igualmente desconocían la tierra en disputa, y que se encontraban a miles de kilómetros de ahí. (Ávila Laurel, *Cuando* 80)

En este momento, el narrador contradice totalmente lo que dijo su protagonista unas cuantas páginas antes. Panes del Palacio ya ha mostrado su idea de que él es superior a la gente indígena (con su reacción a la situación en el club de los fernandinos), y también ha dado su opinión de que “creo, sinceramente, que [los bubis] deberían trabajar para el beneficio de la colonia. Si esto es una colonia española y como súbditos españoles que son, deberían trabajar en las plantaciones” (Ávila Laurel, *Cuando* 73). La intervención del narrador en este momento exhibe cómo Ávila Laurel trata de rechazar el pensamiento colonial y hacer que su lector entienda mejor la perspectiva del sujeto colonizado hacia el poder colonial. Este aparte, al final del primer capítulo del libro, consolida la separación entre narrador y protagonista, y así consolida la ironía en la obra. Tal y como Repinecz escribe sobre el uso de la ironía en el poema de Zamora Lobocho, “the poem’s irony is entirely in keeping with Cervantes’ original novel, which creates ample space for a parodic view of its protagonist’s heroism”, y se puede decir lo mismo sobre el libro de Ávila Laurel (615). Ávila Laurel crea el espacio amplio para parodiar su propio protagonista con la separación entre la perspectiva del narrador y la del Panes del Palacio. En este caso, la ironía abre un espacio no solo para cuestionar a su protagonista, sino también para reescribir la historia de la colonización de Guinea y el papel del poder colonial desde la agencia local.

A través del uso de todos estos apoyos retóricos—la figura del protagonista inepto, las historias intercaladas y la ironía—Ávila Laurel se apropia de algunas de las convenciones literarias más importantes del *Quijote* para escribir su novela histórica *Cuando a Guinea se iba por mar*. Si Zamora Lobocho utiliza el concepto de la ficcionalidad para cuestionar el racismo, Ávila Laurel crea su propia versión del *Quijote* para mostrar el vacío que subyace al pensamiento colonial. Además de eso, al final del libro el autor lanza una crítica hacia el canon literario español y hacia el relato oficial de la historia

colonial sobre los pueblos colonizados. El capítulo final, titulado “Annobón también tiene historia”, recoge una discusión entre Panes del Palacio y el delegado del gobierno español en esa isla sobre la concepción de la historia. Como Panes del Palacio busca algo “que nunca encontré en ningún archivo”, el delegado sugiere que hable con el cura, “porque los curas se topan con mucha más gente y es un oficio más relacionado con las leyendas, que en estas tierras gozan de tanto predicamento como la palabra escrita” (Ávila Laurel, *Cuando* 199). El contraste entre la historia escrita de la tradición europea que puede hallar en un archivo y la que por el contrario se conserva en la comunidad, a través de la tradición oral, es un tema central no solo del final de esta novela, sino también de su novela anterior, *La carga* (1999), la otra novela histórica de Ávila Laurel ambientada en el contexto colonial de su país. En el prefacio de la misma su autor escribe:

Eso puede ocurrir allí, en Europa, donde los hombres cuentan su protohistoria, prehistoria y hasta predicen el futuro. Tienen pasado y lo cuentan en siglos, milenios, centurias, pero aquí no; aquí, en nuestra África, el pasado puede ser hace veinte años, treinta o doscientos solamente... esto lo digo para disipar las dudas cuando hable de hechos ocurridos a personas de este lugar, Mbini, y de un tiempo que para unos es ayer y para otros, nosotros, el pasado: 1940. (*La carga* 11)

Ávila Laurel aborda el asunto de las concepciones de la historia, especialmente la idea falsa de que en África no hay historia, o que su historia solo empieza después de la llegada del hombre europeo. Con ello critica el concepto de archivo y reclama una reorganización del mismo en base a otras categorías. Además, esta crítica crea la oportunidad de una definición alternativa y más expansiva del concepto de archivo, como la que propone Benita Sampedro Vizcaya:

the archive...has been traditionally perceived as susceptible to the idea of preservation, internment, storing and forgetting, as a ubiquitous space for perpetuating memory and containing the past. This orthodoxy, however, has been widely questioned, unveiling the ways in which archives—both physical and conceptual—construct, sanctify and finally bury a variety of pasts. (342)

Vemos este cuestionamiento del concepto de archivo más claramente en el caso de la conversación entre el delegado de gobierno en Annobón y Panes del Palacio, en el capítulo final de la novela. Cuando Panes del Palacio no puede encontrar la historia en un archivo, busca las historias alternativas sobre su antepasado, el Conde de Argelejo, que en 1778 llegara a la isla de Annobón, en la oralidad, en la transmisión comunitaria y en el saber local. Aunque el delegado dice que “es una historia absurda, y confusa”, luego cuenta que “cuando estos annoboneses se ponen rudos con los blancos, suelen soltar

la tontería esa de que están marginados por los españoles porque se vengan estos de ellos por la muerte de Argelejos, al que dieron muerte” (Ávila Laurel, *Cuando* 200).<sup>7</sup> Este relato, en apariencia victimista, es también un relato de empoderamiento por parte del pueblo annobonés, frente al momento inaugural del hecho colonial, con la llegada a la isla de del barco de la armada española al mando del Conde de Argelejo en 1778, ellos se habrían tomado la justicia por su mano. Aquí, la memoria oral de los annoboneses altera el curso de la historia contada, que Panes del Palacio nunca va a encontrar en el archivo colonial, imbuido de triunfalismo y heroicidad imperial. En textos anteriores, Ávila Laurel, ha utilizado también la figura del conde de Argelejo como correctivo de la historia colonial y eurocéntrica, y a su momento fundacional, en tanto que atañe a la isla de la que procede, Annobón:

por estas paradojas hirientes de la Historia, la misma no nos dice con claridad cuál fue la causa inmediata de su óbito, ni qué se hizo de su blasonado cadáver. Lo cierto fue que aquella omisión fue deliberada ... La incertidumbre histórica no nos impide pensar que al fondo marino fue, glu, glu, glu, encerrado en un ataúd reforzado para que aquel cuerpo no fuera presa de la codicia de los voraces tiburones (“La isla de Annobón” 331)

Según la interpretación de este episodio, entre irónico y especulativo, que hace Ávila Laurel, el señor Panes del Palacio nunca va a encontrar la tumba del conde de Argelejo, ya que su cuerpo reposaría en el fondo del mar. La centralidad de los hechos en torno a la muerte de Argelejo es un aspecto definitorio sobre la falsedad de la historia oficial, frente a la memoria histórica del pueblo annobonés, que se siente autor de un relato diferente.

El delegado de Annobón le reitera a Panes de Palacios, “no crea que son simples leyendas” (Ávila Laurel, *Cuando* 200), pero no sigue ese hilo narrativo y, en su lugar, habla con el cura, quien le dice que hay una cueva sellada donde pueden estar los huesos del conde. Cuando vuelve a pedir al delegado si pueden abrir esa cueva, el delegado le responde, “no me atrevería a abrirla sin conocer las razones por las que se cerró. Efectivamente, es un asunto misterioso, pues en los archivos de la metrópoli se recogen hechos muchísimo más simples que las razones que tuviera alguna autoridad para mandar tapar una cueva situada al borde de la mar” (Ávila Laurel, *Cuando* 204). Solo entonces Panes del Palacio empieza a pensar que la solución de su búsqueda queda en la tradición oral de la población local en la isla de Annobón. El descubrimiento de la historia alternativa de los annoboneses es un ejemplo de un archivo alternativo que “surpasses its institutional, physical and material definition, focusing instead on its possibilities as a basis for knowledge production, identity formation and the projection of community imaginaries not only in the past and present but also, notably, in the

future”, como había señalado Sampedro Vizcaya (342). Irónicamente, es el mismo sistema colonial bajo cuya lógica opera el protagonista todo a lo largo del relato el que le impide lograr su objetivo y resolver su búsqueda respecto al paradero de su antepasado el Conde de Argelejo en la isla de Annobón. Esta última ironía revelaría cómo el relato colonial, al fin, no le sirve a nadie: ni a los súbditos coloniales ni a los colonos mismos. Las únicas personas que quedan satisfechas son aquellas como el delegado del gobierno colonial en la isla, cuya función es mantener la lógica colonial frente a la realidad y continuar la represión de la verdad.

Además, muestra como la lealtad a la historia oficial, incluso a los textos literarios canónicos, conlleva una pérdida de información. Ávila Laurel imbuye un segundo sentido a esta escena: el argumento de que la historia escrita no lo abarca todo y que esta historia es solo una verdad parcial. Los hechos que rodearon la muerte del Conde de Argelejo tras su llegada a Annobón en 1778 no figuran en el relato oficial, ni en los registros de los cementerios. Panes del Palacio finalmente se va de Annobón con el deseo de que “definitivamente aquella historia se relacionara con aquellas piedras manchadas y el secreto que guardaba la tabla que sellaba la cueva en una playa de Annobón, hechos que solo se conocen cuando uno se acerca a la tradición oral de los nativos de aquella isla” (Ávila Laurel, *Cuando* 215). En este momento, por primera vez, el protagonista reconoce la importancia de la historia local. Descubre una historia que nunca escribieran los administradores coloniales, y al mismo tiempo son ellos los que impiden que él pueda explorar esta historia. En esta paradoja otra vez vemos que el proyecto colonial se asienta sobre un vacío y además está construido sobre falsas concepciones de la historia. Como dice el delegado, “no me atrevería a establecer ninguna relación entre los hechos, sobre todo sin ningún apoyo documental, bibliográfico” (Ávila Laurel, *Cuando* 204). Tal como ocurrió con el caso de la muerte de la mujer fang en el barco que hacía la ruta a la isla de Corisco, si no hay registro de un evento, este evento no ocurrió. Según la perspectiva colonial, África no tenía historia antes de la llegada de los colonizadores, porque su tradición era oral, y esta solo es “leyenda”, no “historia”. Con este capítulo final del libro, Ávila Laurel aborda el asunto de las borraduras de la historia como otra forma de violencia colonial y epistémica.

La utilización del *Quijote* como subtexto de *Cuando a Guinea se iba por mar* para reforzar este argumento muestra (como también había hecho Zamora Lobo en *Cómo ser negro y no morir en Aravaca*) la utilidad del canon de la literatura española para hacer una crítica a esos mismos conceptos canónicos. En este caso, el *Quijote* no es solo la obra más reconocida en la literatura escrita en español, sino que como novela también abre las puertas a categorías críticas que pueden ser utilizadas para argumentos diversos.<sup>8</sup> La estructura crítica que Cervantes articula en su novela todavía tiene el potencial para usos

nuevos en la literatura contemporánea y en la literatura africana escrita en español. En *Cuando a Guinea se iba por mar*, Ávila Laurel no solo hace una relectura de Cervantes, sino que se apropia de muchos de los artificios retóricos del *Quijote* con nuevos significados aplicados a la historia colonial española en Guinea, para mostrar cómo la tradición canónica no nos cuenta todo. Cervantes usa la tradición escrita (los libros de caballerías, el concepto del manuscrito encontrado) para crear la figura de su protagonista y criticar a la misma tradición literaria que emula; y, por su parte, Ávila Laurel toma un protagonista de esta tradición escrita, pero lo sitúa en un territorio con una preeminencia de la tradición oral, para mostrar las limitaciones de la escritura. Con esta estrategia, demuestra cómo una tradición de historia escrita, junto con un punto de vista colonial, pierde el sentido de la verdadera realidad. La apropiación por parte de Ávila Laurel de algunas de las estrategias narrativas del libro cervantino para hacer una crítica hacia los sistemas del colonialismo y del racismo abre una nueva oportunidad para los estudios cervantinos, una oportunidad de geografías amplias, abierta a descubrir nuevos contextos geográficos y culturas, para enfrentarse a historias alternativas. Debemos acercarnos no solo a la literatura canónica, que todavía tiene la potencialidad de reforzar perspectivas colonialistas y racistas, sino explorar perspectivas diversas para descubrir nuevas lecturas del canon y nuevas interpretaciones del pasado.

## Notas

---

<sup>1</sup> Esto es bastante frecuente en el autor puesto que se dedica a escribir asiduamente, como actividad fundamental, y tiene en su haber numerosísimos inéditos que van saliendo a luz periódicamente.

<sup>2</sup> Para más información sobre la historia del Conde de Argelejos, ver Francisco Barras de Aragón, *Documentos y datos referentes a la expedición del Conde de Argelejo al Golfo de Guinea*; Manuel Cencillo de Pineda, *El brigadier Conde de Argelejo y su expedición militar a Fernando Poo en 1778*; y Felipe Santos Toro y Freyre, *Noticias, documentos y avisos: expedición de 1778*.

<sup>3</sup> Fernando Poo es el nombre colonial de la actual isla de Bioko, donde se sitúa la capital del país, Malabo, que en época colonial se llamaba Santa Isabel.

<sup>4</sup> Ávila Laurel utiliza deliberadamente la terminología de la época colonial en la novela para evocar el período y transportar al lector a esa época; lo hace con el uso de los nombres coloniales de las ciudades y también con el empleo del término “pamues” para referirse al pueblo fang y el uso del “bôbes” para referirse al pueblo bubí. Esta terminología no es la que se utiliza hoy en día.

<sup>5</sup> Sobre la representación del negro en la literatura del Siglo de Oro, ver Nicholas R. Jones, *Staging Habla de Negros: Radical Performances of the African Diaspora in Early Modern Spain*.

<sup>6</sup> Sobre la relación entre el protoimperialismo y la novela de Cervantes, ver Christina H. Lee, *The Anxiety of Sameness in Early Modern Spain* y Mary B. Quinn, *The Moor and the Novel: Narrating Absence in Early Modern Spain*.

<sup>7</sup> Sobre las conexiones entre la isla de Annobón, los tratados de límites territoriales entre España y Portugal en 1778 y el viaje del Conde de Argelejo, ver el ensayo de Benita Sampedro Vizcaya, “Engaging the Atlantic: New Routes, New Responsibilities”.

<sup>8</sup> Sobre la adaptabilidad de las obras cervantinas a otras tradiciones, ver William Childers, *Transnational Cervantes*.

---

**Bibliografía**

- Ávila Laurel, Juan Tomás. *Cuando a Guinea se iba por mar*. Editado por Thenesoya Vidina Martín de la Nuez. Carena, 2019.
- . “El blog de Juan Tomás Avila Laurel”, *Frontera digital*, <https://www.fronterad.com/autor/juan-avila/>.
- . “La ubicuidad de la literatura guineana”, *Revista Debats* no. 123, 2014, pp. 72-80.
- . “La isla de Annobón, el refugio de las musas”, *Afro-Hispanic Review*, vol. 28, no. 2, 2009, pp. 331-34. JSTOR, <https://www.jstor.org/stable/41349292>.
- . *La carga*. Palmart, 1999.
- Barras de Aragón, Francisco. *Documentos y datos referentes a la expedición del Conde de Argelejo al Golfo de Guinea*. Publicaciones de la Real Sociedad Geográfica, 1953.
- Bhabha, Homi. “Of Mimicry and Man: The Ambivalence of Colonial Discourse”. *October* vol. 28, 1984, pp. 125–33. JSTOR, <https://doi.org/10.2307/778467>.
- Cencillo de Pineda, Miguel. *El brigadier Conde de Argelejo y su expedición militar a Fernando Poo en 1778*. Instituto de Estudios Africanos, 1948.
- Cervantes, Miguel de. *El ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha I*. Editado por John Jay Allen. Cátedra, 1983.
- Childers, William. *Transnational Cervantes*. University of Toronto Press, 2006.
- El escritor de un país sin librerías*. Dirigido por Marc Serena, Open Reel, 2019.
- Fuchs, Barbara. “In Memory of Moors: ‘Maurophilia’ and National Identity in Early Modern Spain”. *Journal for Early Modern Cultural Studies* vol. 2, no. 1, 2002, pp. 109–25.
- Jones, Nicholas R. *Staging habla de negros: Radical Performances of the African Diaspora in Early Modern Spain*. Penn State University Press, 2019. <https://doi.org/10.5325/j.ctv14gp309>.
- Lee, Christina H. *The Anxiety of Sameness in Early Modern Spain*. Manchester University Press, 2016.
- Martín de la Nuez, Thenesoya Vidina. “(Re)escribiendo la historia desde la agencia africana: La reconstrucción narrativa de la realidad en la obra de Ávila Laurel”. *Afro-Hispanic Review* vol. 28, no. 2, 2009, pp. 219-30. JSTOR, <https://www.jstor.org/stable/pdf/41349285>.
- Nerín, Gustau. “Marcial Lafuente Estefanía: del Lejano Oeste al África tropical”. *Qué leer* no. 164, 2011, pp. 52-53. <http://asodegue.org/mayo02114.htm>.
- Quinn, Mary B. *The Moor and the Novel: Narrating Absence in Early Modern Spain*. Palgrave Macmillan, 2013.
- Repinecz, Martin. “Don Quijote in Africa: Fictionality as an Antidote to Racism”. *Bulletin of Hispanic Studies* vol. 94, no. 6, 2017, pp. 607-23. <http://dx.doi.org/10.3828/bhs.2017.39>.
- Rizo, Elisa. “La carga de Juan Tomás Ávila Laurel: novela historiográfica poscolonial guineoecuatorial”. *Arizona Journal of Hispanic Cultural Studies* vol. 8, 2004, pp. 197–204. JSTOR, <http://www.jstor.org/stable/20641711>.
- Sampedro Vizcaya, Benita. “Engaging the Atlantic: New Routes, New Responsibilities”. *Bulletin of Hispanic Studies* vol. 89, no. 8, 2012, pp. 905-22. <https://doi.org/10.3828/bhs.2012.66>.
- . “Rethinking the Archive and the Colonial Library: Equatorial Guinea”. *Journal of Spanish Cultural Studies* vol. 9, no. 3, 2008, pp. 341-63. <https://doi.org/10.1080/14636200802563600>.
- Santos Toro y Freyre, Felipe. *Noticias, documentos y avisos: expedición de 1778*. Editado por Antolín de Castro. Ceiba, 1999.
- Zamora Lobocho, Francisco. *Memoria de laberintos*. Sial, 1999.
- . *Cómo ser negro y no morir en Aravaca*. Ediciones B, 1994.